

Los escitas

L. SILLENS

Guerreros nómadas que llevaban atadas a las riendas de sus caballos unas peculiares "servilletas": las pieles de las caras de sus rivales en el campo de batalla, a los que, cuando los mataban, les cortaban la cabeza, la cual luego desollaban, ponían a curar la piel y la exhibían como adorno de sus caballerías. Aquel que más pieles reunía, era considerado el más valiente. Y no sólo coleccionaban finas películas faciales, también desollaban las manos, en particular la mano derecha, con uñas incluidas, material con el que fabricaban las tapas de sus aljabas. También desollaban a hombres enteros y colgaban las pieles en los lomos de sus caballos. Usaban cráneos humanos como elemento decorativo; no cabezas enteras, ni unas cabezas cualesquiera, sino las de sus peores enemigos, que aserraban por la zona de debajo de las cejas para conservar el cráneo, el cual luego cubrían con una piel de buey y lo tenían en sus casas para enseñárselo a las visitas.

Eran los escitas, un pueblo que vivía al norte del Cáucaso, desde donde hacía incursiones en las zonas situadas al sur, entrando a veces en colisión con contingentes militares medos y persas. Uno de los pueblos más temidos del mundo. Entre los escitas proliferaban los adivinos. Cuando el rey enfermaba, los adivinos eran llamados a consulta, en principio sólo en escaso número, tan sólo los más prestigiosos, al objeto de que le explicaran al monarca por qué se había puesto enfermo. Los adivinos, casi invariablemente, respondían que alguien había jurado en vano por la casa real, y de ahí venía la enfermedad. Así que aquel o aquellos a los que los adivinos señalaban como responsables del juramento habían de comparecer ante el rey. Y

asimismo de manera casi invariable negaban haber proferido juramento alguno. Entonces, para aclarar el asunto, eran llamados a consulta más adivinos. Y sucedía lo siguiente: si esta nueva remesa de adivinos confirmaba el veredicto de los primeros, el acusado o los acusados eran condenados a muerte, irremisiblemente se les cortaba la cabeza y los adivinos se repartían sus bienes, pero si estos nuevos adivinos no coincidían con los primeros, eran llamados a consulta más adivinos, y aún podían comparecer una cuarta y una quinta tanda de adivinos. Así hasta que, cuando se supone que ya no quedaban más adivinos en todo el país, se producía el veredicto final. Si el acusado o los acusados resultaban absueltos, eran los primeros adivinos los que pasaban a ser ejecutados. Se llenaba un carro de leña, se le unían dos bueyes, se colocaba a los adivinos en cuestión en el carro, se le prendía fuego a la leña y se espantaba a los bueyes, que salían corriendo llevando tras sí el carro ardiendo con los adivinos dentro. Además, cuando alguien era condenado a muerte, también se ejecutaba a sus hijos, si es que los tenía, mientras que a las hijas se las dejaba con vida. Se ve, por lo tanto, la gran importancia que los escitas les concedían a los juramentos. Y la tremenda importancia que tenía la salud del rey.

Ahora bien, si la vida del rey era importante, no menos lo era su muerte. Cuando el rey moría (ya que, a pesar de todo, el rey acababa muriendo), toda la importancia que había tenido en vida se reflejaba en la celebración de sus funerales. El cuerpo del rey era embalsamado y transportado en cortejo fúnebre a través de los dominios de las distintas tribus escitas, y al llegar al punto de destino el monarca era enterrado en una cámara



Caravaggio: *David con la cabeza de Goliat.*

mortuoria, sobre un lecho de follaje, en compañía de una de sus concubinas y otros servidores previamente estrangulados, así como de buen número de caballos y objetos de valor. Al año siguiente, en una nueva ceremonia fúnebre en memoria del rey fallecido, otros cincuenta de sus servidores eran estrangulados. También eran sacrificados cincuenta caballos, en los que, después de la celebración de una complicada ceremonia en la que los caballos eran ensartados en una especie de espetones dispuestos sobre unas ruedas, eran montados los servidores estrangulados y convenientemente embalsamados, a modo de jinetes, clavados en sus respectivas monturas con estacas que les atravesaban el cuerpo desde la nuca hasta el final de la columna vertebral. Jinetes y caballos eran colocados en círculo alrededor de la tumba del rey, formando el carrusel más espectral del que se tiene noticia.

En una ocasión, Darío, el rey persa, decidió emprender una campaña contra los escitas. Cruzó el Bósforo con su ejército, entró en Europa e invadió el territorio de los tracios. Algunos pueblos tracios se rindieron sin más; otros, en cambio, presentaron batalla. Uno de estos pueblos era el de los getas, cuyo rasgo más característico es

que se creían inmortales. Estaban convencidos de que al morir iban a reunirse con un dios. El dios Salmoxis, también conocido como Gebeleicis, que según dice Heródoto era el único en el que creían. Para estar en contacto con el dios, los getas le enviaban cada cuatro años a uno de ellos, que le decía al dios todo lo que los getas necesitaban. Esto ocurría de la siguiente manera. Tres hombres enarbolaban tres lanzas, una lanza cada uno, mientras que el mensajero destinado a encontrarse con Salmoxis, elegido por sorteo, era balanceado por otros tres hombres, que lo arrojaban hacia las lanzas. Si como consecuencia de ello el mensajero perdía la vida, significaba que la divinidad les sería propicia; si no moría, lo cubrían de insultos y lo sustituían por otro mensajero, con el que volvían a probar suerte.

Otro de los pueblos cuyo territorio atravesó el ejército de Darío era el de los tauros, entre Tracia y Escitia. Los tauros se distinguían por ofrecer sacrificios a una Virgen. Víctimas humanas, reclutadas entre naufragos y enemigos, a los que les cortaban la cabeza, se deshacían del cuerpo y clavaban la cabeza en un palo. Las cabezas clavadas en los palos eran colocadas en las casas, junto

a la chimenea, para que hicieran de vigilantes. Otros pueblos que habitaban las tierras existentes entre los territorios de los tracios y de los escitas, y cuya existencia tuvieron ocasión de conocer los persas, fueron los andrófagos, que como indica su nombre comían carne humana; los melancenos, que vestían de negro; los budinos, los únicos de la región que se alimentaban de piñones; los saurómatas, descendientes de los escitas y las amazonas, cuyas mujeres vivían como sus antepasadas, es decir, que practicaban la guerra y la caza, y no podían casarse hasta haber matado a un enemigo, razón por la que algunas de ellas llegaban a viejas sin haber podido contraer matrimonio.

La guerra entre persas y escitas tuvo lugar en un amplio escenario, que abarcaba tanto territorios de los propios escitas como de aquellos pueblos intermedios. Una guerra caracterizada por la inteligente táctica de desgaste puesta en práctica por los escitas, que evitaban la batalla campal. Luego, cuando decidieron hacerles frente abiertamente a los persas, fueron éstos los que rehuyeron el combate, y Darío regresó a Asia con el grueso de su ejército, en la que probablemente constituyó su campaña más infructuosa.

ANGAMA
ARTES GRAFICAS

- Diseño; Foto industrial
- Escáner y Filmación alta resolución
- Carteles hasta 100 x 140 cms.
- Revistas; Libros; Catálogos
- Continuo; Talonarios; Carpetas...

ANGAMA
digital

- Tarjetas, Menús, Libros, Carteles A3+...
- Tiradas cortas desde 1 ejemplar
- Desde cualquier programa
- Directamente desde el ordenador
- Entrega en 24 h. en la provincia

P.B. "Larache" - C/ Pedro Muñoz, 1 - 13005 CIUDAD REAL - Telf.: 926 21 01 25 - Fax: 926 21 17 20 - E-mail: angama@cim.es